PRÓLOGO

Hay lugares que no se abandonan nunca del todo. Lugares que se quedan esperando, agazapados en la memoria, hasta que el corazón, cansado de huir, encuentra el valor de regresar. Onda es uno de esos lugares.

Donde el corazón se esconde, novela ganadora del II Premio Literario Ciutat d'Onda, nos habla precisamente de ese regreso: al origen, a la infancia, a las heridas que creímos cerradas y a los afectos que, pese al tiempo y la distancia, siguen latiendo. Con una voz íntima y envolvente, Noemí Santiño construye una historia en la que lo personal y lo colectivo se entrelazan hasta volverse inseparables.

En estas páginas, Onda no es solo un escenario: es memoria viva. El Castillo de las 300 Torres observa y recuerda; las calles empedradas, las plazas, las casas y las fiestas forman parte del pulso emocional del relato. La ciudad se convierte en refugio y en espejo, en lugar al que se vuelve con miedo y esperanza a partes iguales, sabiendo que nada permanece igual, pero que todo deja huella.

Esta novela habla de mujeres marcadas por el peso de la herencia emocional, de silencios que atraviesan generaciones y de la necesidad —a veces dolorosa— de mirar atrás para poder avanzar. Habla de la familia, del perdón y de la identidad, con una sensibilidad que convierte lo cotidiano en materia literaria y lo local en universal.

Que esta historia haya nacido al amparo del Premio Literario Ciutat d'Onda es motivo de orgullo por el reconocimiento que supone para su autora, pero sobre todo porque confirma que los libros siguen siendo una forma poderosa de contar quiénes somos. A través de la literatura, una ciudad también puede hablar, recordarse y proyectarse más allá de sus límites.

Invito al lector a adentrarse en esta historia con los sentidos abiertos. A dejarse llevar por sus voces, sus paisajes y sus silencios. Porque, al final, todos guardamos un lugar al que volver cuando necesitamos encontrarnos.

Bienvenidos a *Donde el corazón se esconde*.

Bienvenidos a Onda.

Carmina Ballester
Alcaldesa de Onda

PREFACIO

¿Puede una llamada telefónica terminar de hundirte la vida? ¿Pueden las palabras que se escuchan a través de un aparato resquebrajar la seguridad que creías tener? ¿Colarse por tus oídos, bajar por tu garganta, llegar a tu estómago y dinamitarte como si fueran bombas explotando a su compás? ¿Pueden convertir tus piernas en una perforadora, abrir un orificio y transportarte a toda velocidad al agujero más negro y profundo del centro de la tierra? ¿Puede esa llamada ser la guinda del pastel, la gota que colma el vaso, para terminar de rematar una semana que ya estabas calificando como la peor de tu vida? La respuesta es sí. Sí, puede. Claro que puede.

Al silenciarse el teléfono, ya me siento perdida, atrapada en la oscuridad. Me recorre un sudor frío, me tiembla el cuerpo y, por un momento, no me doy ni cuenta de que estoy en el suelo, sentada sobre una mezcla de mi vida, ahora rota, compuesta por: el marco de una foto en la que se me antoja que dos extraños sonríen, el vaso que cogí para emborracharme, la botella de ginebra rosa que quedó de la fiesta que organizamos el viernes, la lámpara de Tiffany que compré un domingo cualquiera en el rastro y el plato de centro que trajimos de Murano.

Y ahora estoy aquí, con la frente pegada al cristal, en un baile cuyo ritmo está marcado por el traqueteo del tren. Los campos pasan ante mis ojos cambiando los colores del ocre al verde, del verde al marrón, del marrón al gris, del gris al amarillo... convertidos en un tiovivo que no para de rodar y del que no quiero bajar. Porque esa es la realidad, no quisiera estar en este tren, no quisiera estar viendo el exterior variar como siento que lo hace mi vida, porque no sé qué me da más miedo, si lo que dejo atrás o lo que está por llegar...

ONA

Hasta hace cuatro días podía decir que mi vida era casi perfecta. Estaba viviendo con Isra, a quien creía el amor de mi vida, pero con el que acababa de romper. Tenía un trabajo que me encantaba y por el que había luchado con tesón y arrojo, pero que también acababa de perder, y un piso en Madrid; alquilado, es verdad, y no muy grande, no muy nuevo, no muy lejos del centro, ni muy lujoso ni muy bien decorado, pero era mi hogar. Aquí, pensaba yo, nada podía alcanzarme, estaba a salvo, nadie me haría daño. ¡Qué equivocada estaba! Una llamada... Solo ha hecho falta una llamada para romper mis murallas, aniquilar mis defensas y desarmarme.

El teléfono debió escurrirse entre mis dedos. No sé cuánto tiempo llevo aquí, hundida en el charco de cristales rotos, recreando una conversación que me atormenta.

—Buenos días —me sorprendió una joven voz masculina al descolgar—, disculpe que la moleste, me gustaría hablar con la señorita Valls, Ona Elpidia Valls.

¡La madre que lo parió! No había vuelto a oír mi nombre completo desde que iba al colegio. ¡Qué digo desde el colegio! Desde que en la pila bautismal el padre Bertomeu lo pronunció, contraviniendo la voluntad de mi abuela, que se había empeñado en que debía llamarme como ella, nada de Ona, Elpidia a secas, Elpidia y punto. Así ha sido toda mi vida. Dominada por la abuela.

Aunque, por una vez, también yo quise contravenirla a ella y terminé por anularla de mi nombre, ya que de mi existencia parecía más difícil. Ona Valls es el nombre con el que me identifico, el que uso habitualmente, el que figura en mi tarjeta de presentación como diseñadora de videojuegos.

—Sí, soy yo —respondí—, Ona Valls —lo corregí—, dígame.

—Verá... —carraspeó— me temo que tengo que darle una mala

noticia. —Hizo un silencio como si esperase que yo lo azuzase para que siguiera hablando o para darme un tiempo y prepararme para lo que venía—. Soy Clemente, de Bausá y Pallarés abogados.

En mi mente recreaba sus pausas, hasta su respiración. Siempre he odiado esa lentitud al hablar, ese dramatismo que parecen darle algunas personas a cualquier frase. Aunque, analizándolo ahora, quizás la situación lo valiera.

Tardó tanto en continuar que tuve tiempo de hacer alguna divagación. ¿Habría sido capaz Isra de contactar con un abogado tan rápido? El día anterior habíamos roto nuestra relación, la misma que yo creía para toda la vida, pero... ¿Tanto había corrido? ¿Tan planeado lo tenía todo?

El tal Clemente prosiguió:

—La llamo en representación de su madre —¡Pum!—, doña Balma Valls. —Esas fueron las primeras palabras que derribaron mis muros—. Su abuela, a la que también represento... —otra pausa— me temo que ha fallecido. —¡Pum, pum, pum!—. Su última voluntad es que usted esté presente... —¡PUMMMMMM!

Tocada, tocadísima.

Para cuando terminó de darme los detalles de las últimas voluntades de mi abuela, tanatorio, sepelio y no sé cuántas cosas más que apenas escuché, sumida en una neblina que me enturbiaba los sentidos, ya estaba casi destruida. Aunque lo que me arrastró con los mismísimos demonios fueron sus siguientes palabras:

—Su madre le pide que acuda a la mayor brevedad posible.

Ahora me hallaba en el inframundo.

El sol me da de lleno en la cara haciéndome reaccionar. No sé muy bien cuánto tiempo he estado sumergida en un limbo mental. Siento escozor en las piernas y el pie izquierdo se me ha

quedado dormido. Me llega el olor a alcohol y me horrorizo al ver el destrozo que hice ayer. Estaba tan furiosa que después de quemarme la garganta con unos cuantos vasos de ginebra rosa, empecé a romperlo todo como si con ello pudiera hacer desaparecer mi tormento.

Me río. No sé por qué, pero empiezo a reírme al ser consciente de dónde estoy... Y después lloro. Río y lloro. Parece una burla del destino, de la vida. ¿Tenía que ocurrir todo a la vez? ¿No hay más días? ¿Más semanas? ¿Más meses? ¿Más años? ¡Joder! ¿Todo a la vez? ¿En serio?

¡No, no! ¡No quiero! No voy a enfrentarme a todo esto ahora. No quiero sentir este dolor. No pienso volver, no quiero dar explicaciones, pero sobre todo, sobre todo... ¡No quiero ver a mi madre!

Consigo ponerme en pie. Tengo algunos cortes y el pie aún hormiguea al despertar de su letargo. Me arrastro hasta la cocina intentando poner orden a mis pensamientos.

Durante una hora me limito a deambular: por el salón, limpiando el estropicio que hay; por el baño, dándome una ducha, curando los cortes; por la cocina, mientras preparo un café y recojo; por la terraza, mientras me lo tomo y observo esta calle de Madrid por la que la vida pasa ajena a mis problemas. Brilla el sol, aunque para mí solo existe un nubarrón negro cubriendo mi cabeza.

Suena el móvil.

Es Maru. Ella siempre está ahí. Puedes encajar con alguien, ser parte de su mundo y que esa persona lo sea del tuyo. Maru siempre ha existido y no concibo un recuerdo, una decisión, un día siquiera en el que no cuente con su omnipresencia, en el que no hablemos o, más bien, compartamos lo que nos ocurra. Decir que es mi mejor amiga es quedarme corta, da igual que no llevemos la misma sangre, ella es parte de mí y yo lo soy de ella.

Maru: Buenos días, ¿qué tal está mi chica hoy? ¿Todo bien, mi triunfadora?

Ona: Buenos días, Maru, al menos espero que lo sean para ti porque yo no podría estar peor...

Maru: ¿Por?

Ona: ¿Hay algo que me quieras contar? O mejor, ¿que no me quieras contar?

Hace once años que me fui de casa con una maleta y mis ahorros metidos en un bolsito de Pokémon. Me fui a Madrid, a la universidad, dejando todo atrás, en contra de mi madre y mi abuela, con la cara cruzada, el labio partido, una puerta cerrada y una amenaza reverberando en el aire: «Si sales por esa puerta, no vuelvas llorando, porque ni esta será tu casa ni nosotras tu familia, desagradecida, que eso es lo que has sido siempre, una desagradecida». Di los pasos sin que me temblaran las piernas, con la fuerza que me infundía escuchar su último desprecio, decidida a no volver, o eso creí entonces, porque hoy, once años después, tendré que regresar.

Aún recuerdo cómo me agarré del brazo de Maru y sonreímos anhelantes de un futuro que ansiábamos devorar. Cogimos un autobús, dos trenes y sobrevivimos a la universidad y a un Madrid que se nos antojaba lleno de posibilidades. Vivimos esos años con pasión, con la ilusión y la osadía de nuestros veinte años, hasta que nuestros caminos se tuvieron que separar y ella regresó a Onda. Pero el día en el que decidí romper con mi familia, le hice prometer que bajo ningún concepto me contaría nada relacionado con ese asunto.

Maru: Seguramente... ¿Quieres hablar de ello?

Ona: No, pero supongo que tendremos que hacerlo. Me ha llamado el abogado de la abuela y me ha dicho que tengo que ir.

Por supuesto que Maru estaba al tanto de lo ocurrido. Onda no es muy grande, casi todo el mundo se conoce, pero también porque la casa de sus padres y la de mi familia está una enfrente de la otra. De niñas, nos asomábamos a la ventana para saludarnos.

Maru: Ya me imaginaba que tu madre no te llamaría. ¿Y vas a venir?
Ona: El abogado me ha dicho que la abuela pidió que me avisaran y que estuviera en su funeral, que era su última voluntad. También algo de la herencia y unos papeles. No quiero ir.
Maru: Pues no vengas.
Ona: Pero debo. Debo, ¿verdad?
Maru: Haz lo que sientas, Ona. No les debes nada.
Ona: Ya lo sé. Pero hay un no sé qué dentro de mí que grita que vaya. No quiero darle la satisfacción a mi madre de que piense que soy una cobarde.
Maru: Nunca has sido una cobarde.
Ona: Creo que sí voy a ir. Necesito verte y hablar contigo. Esta semana me han pasado muchas cosas.
Maru: ¿Te han dicho algo del ascenso? ¿Eres ya una estrella o qué? ¿Sabes alguna cosa? Lo están alargando mucho, ¿no?
Ona: Prefiero contártelo en persona.
Maru: Ok. ¡Y por supuesto te quedas en casa de mis padres! ¡No acepto un no!
Ona: Vale, pues sí. Miro los trenes, preparo la maleta y a ver si consigo llegar para comer. Te voy contando, quizá esta noche esté allí.

CASTILLO

Puedo escuchar el repiquetear de las ruedas de una maleta acercándose cuesta arriba. Vaya... Me alegra descubrir que Ona regre-

sa al hogar. No puedo evitar regocijarme cuando alguno de mis ciudadanos vuelve, al igual que siento tristeza cuando se van, y mira que he visto personajes de lo más variopintos, de procedencias tan distintas que me siento orgulloso de conocer diferentes culturas y haber acogido entre mis trescientas torres a personajes tan ilustres y renombrados como el Cid o Jaime I el Conquistador.

Hace siglos que estoy aquí, observando el devenir del tiempo desde esta atalaya sobre la que me alzo. En más de una ocasión he llegado a sentir un cariño especial por alguno de los vecinos; aunque los quiero a todos, siempre hay quien logra captar mi atención. Suelo fijarme en los seres más naturales, más inocentes o que destacan por apreciar y valorar la vida de una manera diferente.

Tengo el privilegio de estar en lo alto y de que todos vivan a mi alrededor. He visto a la población nacer, luchar, celebrar... ¡Hasta cobijarse en mis entrañas! Tantas cosas que me han hecho estremecer, emocionarme o incluso sentir miedo por llegar a desaparecer... Pero me han cuidado y aún me mantengo en pie, vienen a visitarme y cuentan mi historia. ¡Qué viejo me voy haciendo!

Pero aún participo de sus fiestas, de sus alegrías y tristezas, de sus sueños y esperanzas, de su crecimiento, y de su ir y venir, una generación tras otra, tan distintas, tan iguales...

Hoy me hace sentir especial ilusión Ona Valls, que vuelve a la tierra que la vio nacer. La misma pequeña que se apoyaba en uno de mis árboles, olía mis flores, me leía libros, me contaba sus secretos o me preguntaba sus dudas como si yo pudiera contestarle... Esa niña que un día encontró un hueco en mi muralla, introdujo una caja con sus tesoros y buscó otra piedra para taparlos. Quizás por eso le tengo un cariño especial, por tratarme de manera diferente, por darme humanidad a mí, un viejo castillo.

ONA

No sé por qué le dije al taxista que me dejase en la plaza del Almudín, ni en qué momento se me ocurrió la idea de llegar paseando por el casco antiguo hasta la casa de los Fau. ¡Como si no supiera que está cerca del castillo! Supongo que no me he podido resistir a volver a ver la plaza, con sus soportales adornados con arcos apuntados, la fuente en el centro y sus cuatro caños con forma de cara, que alegran la plaza con el sonido del agua al caer. ¡Cuántos recuerdos me trae!

Apenas me he fijado en las terrazas abarrotadas de gente, porque es de las primeras cosas que quiero hacer: venir con Maru a tomar algo.

No puedo evitar girarme y admirar sus casitas y el reloj de la Torre de la Presó, llenarme de su esencia, esa que tantas veces he recordado en Madrid. Me siento en casa y una alegría incontrolada aflora por cada poro de mi piel. No me había dado cuenta de lo mucho que añoraba este lugar hasta que lo he pisado de nuevo.

Agarro otra vez la maleta y camino por los soportales de la derecha para salir de la plaza.

Me gusta reencontrarme con mi pueblo; Onda sorprende siempre. Descubro unas jaulas, a modo de lámparas colgadas, que recorren los callejones en una línea que zigzaguea y les da un encanto aún más especial a estas estrechas calles empedradas. ¡No recordaba lo empinadas que eran!

Me siento como una turista mirando el suelo adoquinado de cantos rodados, observando las fachadas de las casas, admirando la cerámica que adorna los bajos de los balcones, las imágenes de santos y vírgenes que encuentro, las caras sonrientes en las tuberías que permiten que baje el agua desde los canalones de los tejados... Y me siento acogida, como si no hubiera pasado

el tiempo, dejándome invadir por esa paz que me transfiere todo esto que voy redescubriendo, tan diferente al barullo y el caos de Madrid.

A pesar de ser octubre, hace calor. Me quito la chaqueta y aprovecho estos segundos para recuperar el resuello. Continúo con el traqueteo de la maleta. ¡Me pone de los nervios! A estas alturas medio barrio estará mirando a través del visillo y seguro que todos están enterados de que estoy aquí. *Mea culpa*, me digo.

Doblo la esquina y Maru viene corriendo a mi encuentro, lo que era de suponer. Ha tardado menos el cotilleo en llegar que yo.

—¡Ya estás aquí! —grita emocionada.

Nos damos un abrazo apretado. Lo necesitaba más de lo que pensaba y me resisto a soltarla. Cuando nos separamos y observo la calle en la que me crie, casi me ahogo de la impresión. Los colores parecen más chillones que nunca, no sé si para acogerme o para advertirme. Un apretón de sentimientos me cierra la garganta. Alzo la vista hacia el castillo... Mi viejo castillo de las trescientas torres en el que tantas cosas he vivido... ¡Cuánto he añorado ver las estrellas bajo sus faldas! Y el olivo, ese pequeño árbol que tan buena sombra me dio en los días en los que apretaba el sol.

Una suave brisa me envuelve como si me estuviera abrazando también.

Al fondo de la calle distingo la casa de mi abuela, igual de oscura que los recuerdos que me trae. No ha cambiado mucho, aunque destaca sobre las demás por lo bien cuidada que está. Las piedras parecen recién pulidas y la pintura grisácea crea la ilusión de estar fresca aún.

La casa de los Fau siempre me ha resultado mil veces más bonita, quizás porque le tengo un cariño especial. Tiene una pequeña terraza delantera, con unos maceteros repletos de flores de colores que caen en cascada y que le dan un alegre recibi-

miento a todo el que llega. Las ventanas y la puerta están bordeadas de piedras que le confieren un toque rústico.

He llegado justo en el mes de la tradicional Fira d'Onda, en la que se juntan familias, amigos y vecinos; los de casa y los de fuera.

Maru y Miquel se instalan en casa de los padres de ella, igual que hacen muchas familias, para disfrutar mejor de las fiestas y compartir el cuidado del bebé. No pueden ni imaginarse lo agradecida que me siento por el hecho de que me hayan invitado a quedarme con ellos, porque no quiero estar en casa de la abuela. Es como volver a la niñez, cuando la casa de los Fau se convertía en la mía, porque mi madre se despreocupaba tanto de mí que creo que a Tonica le daba pena y se sentía más tranquila si yo estaba allí. Podría decir que era mi segunda casa y ella lo más parecido a una madre. Los adoro, a los dos, a Josep, el padre de Maru, también, por supuesto, con sus bromas, sus chucherías a escondidas, sus propinillas y sus historias... ¡Sus historias y sus consejos son lo mejor del mundo! Y esa complicidad que hemos logrado tener, porque él siempre se ha comportado como un padre conmigo. No ha dejado de llamarme cada quince días preocupándose por mí, igual que hacía cuando estaba Maru en Madrid y pedía que me pasara el teléfono, e incluso ha venido alguna vez a verme, junto con Tonica, con la excusa de asistir a algún musical y se han quedado en casa.

Me dan un abrazo y los veo tan emocionados que creo que me voy a echar a llorar.

Tonica ha preparado *arròs al forn* para darme la bienvenida y *pilotes de frare,* que están riquísimas. No me puedo sentir más querida y afortunada.

El pequeño Miquel es adorable y se nos cae la baba con él. Seis meses tiene ya, ¡y ha cambiado tanto desde que lo vi en agosto! Porque aunque haga videollamadas con Maru, no es lo

mismo que cogerlo en brazos y ver su cara sonriente con esos mofletitos que me quiero comer a bocados.

Todavía recuerdo cuando me dijo que iba a ser madre. «¡Dios mío! ¿Cómo nos hemos hecho mayores tan rápido?», pensé horrorizada. Después me di cuenta de que aún somos jóvenes, no hemos cumplido los treinta. Maru se casó con veintisiete y ya entonces quería ser madre, aunque a mí ni siquiera me rondara por la cabeza esa idea, pese a llevar unos cuantos años con Isra y tener mi vida encarrilada. ¡Qué rápido se puede ir todo al traste!

Sentada en un rincón, observo la complicidad de la familia, el cariño, las risas, las caricias... y siento envidia. Yo nunca tendré eso.

—¿Un *cremaet*? —Me saca de mi ensimismamiento Josep.

—¡Claro! ¡Eso que no falte!

Intento no perderme el ritual que lo acompaña y, de paso, aprender. Josep va echando con mimo el azúcar, la piel de limón, la canela y un par de granos de café a cada vaso de cristal; después, un buen chorro de ron, le prende fuego y no deja de remover. Me fascina ver la llama y el cuidado que pone al echar el café sobre la cuchara, para lograr esas tres capas tan distintivas. Estoy segura de que hace los mejores *cremaets* de toda la provincia. ¡Cuánto tiempo sin tomar uno! Creo que el último fue en las Navidades de hace dos años cuando vinieron a pasar unos días con nosotros.

Maru se acuesta a la siesta con el niño. Yo me niego a que Tonica friegue los platos, aunque me ayuda y pasamos el rato contándonos mil historias. Josep suelta algún ronquido desde el sillón y todo me parece entrañable... Hace que me sienta tan a gusto que se me olvida el motivo por el que he venido y la semana que arrastro.

Tonica me dice que la llave de casa de la abuela está donde siempre: en el viejo cuelgallaves de madera con la imagen del

Sagrado Corazón de Jesús. Toda la vida han guardado una copia, por esas cosas de si algún día pierdes la llave.

Supongo que he de hacerme el ánimo.

Solo con sujetar la llave en la mano ya siento resquemor.

GERO

Comemos en el Casal. Me emociona estar ya con los preparativos para las fiestas. *Ja fa airet de fira*, como solemos decir. Los chicos debatimos sobre la manera de organizarnos y concretar cómo prepararemos el montaje del *cadafal* esta semana. Ya hemos repartido las nuevas camisetas y sudaderas, y me gusta bastante el diseño elegido.

Sobre las cinco, Miquel se me acerca para despedirse.

—¿Pero ya te vas? —le pregunto un poco sorprendido, aunque entiendo que se quiera ir un rato, ya que Maru no ha venido porque el niño tenía unas décimas de fiebre. Aún me estoy acostumbrando a la idea de que sean padres.

—Sí, voy a ver qué tal todo.

—¿Pero venís esta noche, no?

No concibo unas fiestas sin Miquel.

—Creo que sí, no te aseguro nada. Oye, quiero comentarte algo. —Me hace un gesto para que salgamos porque hay un poco de barullo y es difícil hablar así.

—Tú dirás. —Noto un gran silencio en contraste con el alboroto de dentro y mis oídos lo agradecen bastante.

—Esta noche, si venimos, seguramente también estará Ona.

Me quedo petrificado.

—¿Ona? —atino a preguntar. No sé por qué siento esta sacudida dentro. Mi cuerpo no debería reaccionar así y, además, sabía que aparecería en cualquier momento porque su abuela está

bastante mal y he estado toda la semana con el abogado tratando algunos temas. Me imagino que se hará cargo de la empresa, o sea, que pasará a ser mi jefa. Y todavía estoy asimilándolo y sopesando si querré quedarme o marcharme, porque ella y yo nunca nos hemos llevado bien.

—Ona Valls, ya sabes, la nieta de tu jefa, la mejor amiga de Maru.

—Sé de sobra quién es. ¿Y por qué tendría que importarme que venga?

—Solo te lo digo para que lo sepas, joder. Ya está aquí y supongo que se quedará unos días. Maru ha pagado su parte para que pueda venir al Casal como una más, y le ha cogido camisetas y sudadera. Está loquísima por pasar unas fiestas con su amiga, y un poquito pesada también, la verdad.

—Pues muy bien. —Me encojo de hombros con toda la indiferencia que soy capaz de mostrar.

—Nos vemos esta noche, entonces.

—No sé si vendré esta noche.

—¡No me jodas, Gero! A ver si ahora va a venir esta y nos va a joder las fiestas. Si lo sé, no te digo nada.

—No es por ella.

—¡Mentiroso! Sabes que vas a tener que verla en algún momento, ¿verdad?

—Que sí, pesado, y me importa un pito que venga, pero tengo que pasar ahora un rato a ver a mi madre y seguro que insiste en que me quede a cenar y empezará a darme la brasa y no sé si podré escaparme.

—Sí, sí, tu madre... Lo que tú digas. Me voy, que no tengo ganas de calentarme.

—Nos vemos.

Miquel alza una mano a modo de despedida mientras camina calle arriba.

Ona Valls, no sé por qué su nombre martillea mi cabeza y un montón de recuerdos se agolpan en mi mente.

Ona Valls, no, gracias. No quiero verla.

ONA

Me tiemblan las manos al meter la llave en la cerradura. El día que me marché de aquí lo hice para no volver y en mi cabeza parpadea la palabra traición. Noto el pulso acelerarse al cruzar el umbral. «Ya está», me digo cuando entro.

El olor es lo primero que me golpea. Parece mentira que los receptores olfativos sean capaces de transportar tanta información, que no me apetece recibir, a mi cerebro.

Miles de recuerdos tamborilean a toda velocidad por mi mente y me tomo unos segundos para calmarme.

La casa está en silencio, medio en penumbra; siento el frío, la humedad y la soledad recibiéndome como cuando era niña. Nunca fue una casa cálida ni acogedora, en la vida la sentí así; me abrazo buscando algo que me reconforte, sin mucho éxito.

Me dirijo hacia el salón con intención de abrir las ventanas y una silueta me sobresalta, provocando que dé un respingo.

—Ma... ¿Mamá? —acierto a decir.

—¡Ya era hora! ¡Por fin te dignas a aparecer! —Es su recibimiento, junto con una mirada recriminatoria que me dedica desde la ventana mientras se acerca a la mesa grande del salón.

Me quedo paralizada. No esperaba encontrarla aquí. A decir verdad, no sabía cuándo iba a encontrármela. Sigo sin estar preparada para enfrentarme a ella.

Las dos nos observamos: ella haciéndose grande, yo sintiéndome más pequeña, y ambas queriendo hacernos daño. No ha cambiado mucho. Viste elegante, maquillada, el mismo peinado

de siempre: una melena corta con mechas rubias, con las puntas desfiladas y la onda de medio lado que le enmarca la cara. A sus cincuenta y nueve años parece mayor, el reflejo de la vida que ha llevado siempre le ha pasado factura: fumar, beber y trasnochar; porque aunque delante de la abuela intentase disimular, yo la he visto, muchas más veces de las que quisiera, borracha, con un cigarrillo en la boca que acostumbraba a apagar antes de entrar, llegando de madrugada a escondidas, subiendo la escalera a rastras. En esas ocasiones, llevaba el pelo alborotado, el rímel corrido y se ponía el dedo índice en la boca, amenazándome con unos ojos desorbitados por si rompía el silencio, el mismo dedo que estiraba después para mandarme a mi habitación. Al recordarlo, un pellizco de terror se me instala en el pecho.

—Tu abuela quiere que te encargues de sus cosas —me espeta con esa voz seca y áspera que no he olvidado—. No entiendo qué ha visto siempre en ti —me reprocha con desdén—. El día que se enteró de que estaba embarazada, me dio tal paliza que casi te aborto, y más me hubiera valido que te hubiera perdido en ese momento o en otro —me dispara esa bala mirándome con rabia y rencor.

Su ataque me pilla por sorpresa y parpadeo en un intento por procesarlo. De repente, me hierve la sangre y aprieto los puños. ¡Joder, me ha dolido! No esperaba un gran recibimiento, pero esto tampoco.

—¿Alguna vez me has querido? —Se me escapan las palabras de los labios, temblorosas, e intento contener las lágrimas.

—Nunca —me explota en la cara.

Está tan cerca de mí que puedo distinguir el odio a través de sus ojos y verlo salir por cada minúsculo orificio de su piel. Lo siento tan encima de mí... Se ha convertido en una tela de araña que me ha atrapado, inmovilizándome, mientras el veneno de su aguijón se ha clavado en mí y va llegando a cada célula de mi

cuerpo. Si su aliento destilara alcohol, quizás me dolería menos; podría justificarla achacando la culpa a la bebida, pero no hay alcohol esta vez.

—Tú me jodiste la vida y ella me obligó a tenerte, a encargarme de ti y a pagar mi culpa cargando contigo por no haber sido la hija perfecta que esperaba. ¡Ojalá hubieras muerto al nacer! —Sentencia.

Tengo la sensación de ver un humo negro flotando a su alrededor, extendiéndose por la estancia. «¡Ojalá estuviera borracha!», me repito.

No quería darle el placer de verme llorar, pero una lágrima me traiciona al escaparse.

—Ella ya ha arreglado la herencia. Esta casa es para ti, yo jamás la he querido. Aquí tienes las llaves. Sube a su habitación y encárgate de todo. —Su tono suena frío y mecanizado. No me pasa desapercibido el alivio en su voz cuando deja las llaves sobre la mesa y se aleja dispuesta a marcharse.

—Yo... Yo no tuve la culpa... —acierto a decir.

Coge su chaqueta y su bolso, se gira, y con una sonrisa cínica, me responde:

—Sí, la tuviste... Toda.

Se marcha, altiva y estirada, dando un portazo.

Ahora que no me ve, me permito llorar. Desde que tengo uso de razón he sabido que no me quería. Debo de ser muy tonta por haber albergado la esperanza de que cambiase, de que en algún momento pudiéramos llegar a tener una relación madre e hija lo más parecido a algo «normal», no sé. Envidio la relación de Maru con sus padres, la complicidad con su madre, los mimos de su padre, los abrazos, los besos, el cariño y las miradas de ternura, porque la mía se resume en soledad y falta de cariño. Lo que me queda ahora es un helor grande y un vacío inmenso.

Voy al baño a coger papel para limpiarme. En la habitación de

la abuela hay luz. Me sereno un poco y empiezo a subir las escaleras despacio, observando la balaustrada que siempre me ha gustado por su forma que imita hojas y flores. Recorro el pasamanos de madera y dejo que mis pulmones se llenen del aroma característico de esta casa.

La puerta está abierta y entro despacio. Cuando miro hacia la cama, grito tan fuerte que pienso que ha debido de oírme todo el pueblo.

Me siento paralizada por el miedo y, de pronto, el silencio se rompe con una carcajada tan estruendosa que hace temblar el edificio.

—¿A-a-abueelaaaa? —acierto a preguntar.

¡Dios mío! ¿Es una aparición? ¿Está viva o es un fantasma de lo más real? No atino a ordenar mis pensamientos.

—La misma que viste y calza —carraspea.

Está ahí, recostada en la cama, mirándome con esos ojos incisivos que la caracterizan, hundidos por la vejez, saltones por lo esquelética que está; el pelo cano despeinado, como nunca me hubiera imaginado en ella; los brazos consumidos, por fuera de la colcha, dejando ver el camisón de una época pasada.

—Anda, ven, acércate. Ven que te vea bien.

Estoy en *shock*. Esto no me lo hubiera esperado ni en mis peores pesadillas. Me obligo a caminar en la dirección contraria a la que me pide el cuerpo. No me encuentro en las mejores condiciones para enfrentarme a la abuela y menos después de lo que acaba de pasar con mi madre.

—Siento haberte hecho creer que estaba muerta —me invita a acercarme escudriñándome con la mirada—, pero estoy más muerta que viva, créeme. Me queda muy poco tiempo, días, horas, quizás... —Le tiembla un poco la voz. Sigue pareciendo tan regia, aunque se la ve frágil y cansada. Yo soy incapaz de decir nada—. Necesitaba hablar contigo antes de estirar la pata.

—Sonríe divertida y tose—. ¿Has llorado? —inquiere levantando una ceja. —¿No habrá sido porque te doliera que estuviera muerta, verdad?

—Ha sido por mi madre —me fuerzo a responder.

—¡Aggg, esa mala pécora! —Me coge la mano, tira de mí hacia ella y me acaricia la mejilla—. Esa no se merece ni una lágrima de ti, ¿me oyes? ¡Ni una! Siempre te ha tenido unos celos terribles porque tú siempre has sido más valiente y ella no es más que un parásito.—Alza la voz y el dedo índice a la vez, entrecierra los ojos, esboza una sonrisa y hace una pausa, fatigada—. En fin... Estás guapa, Ona Elpidia. Estás muy guapa... —A mí se me revuelven las tripas al oír ese nombre con el que no me identifico para nada y con el que ella siempre me ha torturado.

Suelta la mano que me retiene y da unas palmaditas para indicarme que me siente junto a ella en la vieja cama de madera. Obedezco.

—Dame un poco de agua, ¿quieres? —le cuesta dejar salir la voz.

Le acerco el vaso y la ayudo a beber porque le tiemblan los dedos. Al devolverlo a la mesita de noche, la descubro observándome con una dulzura muy poco habitual en ella.

—Quería que vinieras antes de irme de este mundo porque quiero dejarlo todo resuelto. ¿Me perdonas? —Esta pregunta tan inesperada, me sorprende.

—No tengo nada que perdonarte, abuela —le respondo con un cariño que hasta a mí me resulta extraño.

—Sí, sí tienes, créeme. Hay muchas cosas por las que te pido que me perdones que tú todavía desconoces... —Me escudriña con la mirada, de la misma manera en que creo que lo estoy haciendo yo, porque no entiendo a lo que se refiere—. Pero antes de entrar en detalles, hay algo que deseo pedirte. Para el día que

falte, he guardado una caja en ese armario de ahí con la ropa con la que quiero irme. —Hace un esfuerzo por estirar el brazo y señalarlo—. He querido dejarlo todo arreglado. El abogado que se ocupa de mis asuntos ya sabe cómo hay que hacerlo: el tanatorio, la misa, el cementerio... por eso no te preocupes. Ahí está su tarjeta, en la mesita. Lo llamas y lo arregláis juntos. Esta casa y todo lo que hay en ella es para ti. A tu madre ya la he dejado apañada, tiene los pisos de la playa y de Castellón para vivir de rentas y el dinero del banco, así que no puede tener queja, le doy más de lo que me hubiera gustado, créeme. —Alza las cejas y saca sus ojos preguntones para ver si la estoy entendiendo.

Asiento porque no sé muy bien qué decir. Ella es así, le gusta tenerlo todo bajo control, bien organizado.

—Bien... Cambiando de tema... —Me coge la mano de nuevo—. No te fue mal por la capital, ¿eh? Sé que la última semana no ha sido muy buena para ti. Ese noviete tuyo es un desgraciado. —Debe ver mi cara de sorpresa porque esboza una media sonrisa y empiezan a saltar mis alarmas. ¿Cómo sabe ella algo sobre mi vida en Madrid?—. Tú te mereces a alguien mejor. Ese tipo era un patán. En fin... —suspira—. Y en cuanto al trabajo... Estoy orgullosa de ti, has conseguido alcanzar tus metas. Acabaste la carrera, lograste posicionarte en una buena empresa, y lo que es más importante, te hiciste valer. —Vuelve a clavarme sus ojos acuosos intentando adivinar mis pensamientos.

—¿Me has estado espiando, abuela? —Es lo primero que acude a mi cabeza.

—¿Yooo? —Se hace la ofendida. —Síííí —termina confesando con retintín—. *Amb diners torrons*, como se suele decir. —¿Qué creías, que iba a dejar a mi nieta a su suerte en una ciudad tan grande y peligrosa? ¿Que no iba a preocuparme por ti?

—Pues cuando me marché no pareció importarte —me atrevo a reprocharle, controlando mi tono.

—¡Oh, no! ¡Eso sí que no! —Se altera, ofendida—. Eso fue cosa de la inútil de tu madre que no supo hacer bien su trabajo. No supo guiarte, ni retenerte ni hacerte volver.

Le da la tos y parece que se ahogue más de la cuenta.

—Toma, bebe un poco. —Le vuelvo a acercar el vaso de agua, cargando un halo de culpa.

—Lo siento, pero tenía que saber que estabas bien. Y que conste que te dejé marchar para que volases, para que explorases la vida, para que te equivocases y aprendieses a defenderte... Y lo hiciste muy bien, por cierto... —Vuelve a mirarme con una dulzura a la que no estoy acostumbrada y casi me provoca ternura—. Si te soy sincera, esperaba el momento en que volvieses con el rabo entre las piernas. Y bueno, ahora tampoco te vayas tú a venir arriba, que lo que has estado haciendo en Madrid no es más que perder el tiempo... —Y ahí está el lobo disfrazado de abuelita enseñándome la patita.

—¿Y quién me espiaba? ¿Alguien cercano a mí? —Me pongo tensa pensando en si alguna persona en la que confío hubiera estado traicionándome.

—No seas mal pensada... —me calma adivinando mis dudas—. Contraté a un detective.

—¡Abuelaaaa! ¡Es que eso es...! ¡Es...! ¡Me has estado espiandoooo! ¡Has... has invadido mi intimidad! —Pego un brinco de la cama, nerviosa, siendo consciente al instante de todo lo que implica eso.

—Ya te he dicho que ibas a tener que perdonarme por cosas que no sabías —dice tranquila, como si solo por pedirme perdón, ella ya se sintiera perdonada o yo estuviera obligada a hacerlo.

La contemplo con el ceño fruncido.

—No me mires así, aún queda alguna cuestión que va a hacer que te disgustes más...

De pronto ya no me parece tan débil en la cama, me muestra a la mujer que ha sido siempre y no sé si quiero escuchar qué otra cosa peor puede haber hecho.

Una mujer vestida con pijama sanitario aparece en la puerta. Me sorprende esa extraña que se mueve con naturalidad por la alcoba y se identifica como la cuidadora de mi abuela, ella que nunca quiso más criada que mi madre, muy mal ha debido de verse para aceptarla.

—Señora, es la hora de cenar y de tomar sus medicinas. Debería descansar un poco. —Me mira recriminando que esté allí.

—Déjame en paz. Largo de aquí. ¿No ves que estoy hablando con mi nieta? Si no me he muerto ya es porque estaba esperándola —le grita.

—Debería marcharse —se dirige a mí—, su abuela está muy alterada y es mejor que la deje descansar.

—¿Pero tú quién te has creído que eres? ¿Quién eres tú para echar a mi nieta? ¡Despedida! ¡Fuera de aquí! ¡Despedida! ¡Despedida! ¡Despedida! —Gesticula con el dedo, moviendo el brazo en un vaivén de su pecho hacia afuera. Parece que haya reunido toda la fuerza que le quedaba dentro.

—Abuela, por favor, cálmate. —Me siento de nuevo a su lado—. Yo me ocupo —le digo a la enfermera, que me mira mal—, le daré la cena y las medicinas.

Consigo que la abuela se calme y vuelva a respirar con relativa normalidad después de unos minutos.

—¿Vas a perdonarme? Soy una vieja moribunda. —Sus ojos suplicantes casi me parecen cómicos y no puedo evitar que se me escape una sonrisa. Dudo mucho que jamás en su vida le haya rogado a nadie, así que, en cierto modo, puedo considerarme una afortunada.

—No sé si voy a poder perdonarte muchas cosas, pero cómete

el puré y tómate las medicinas y quizás podamos hablarlo —le digo como si pudiera engañarla.

—Esta comida es una mierda... ¡Puaj! —Pone una cara horrenda que consigue que todas sus arrugas se multipliquen—. ¡Si me voy a morir! ¿No pueden darme algo mejor? Aquí no hay nada de bueno...

—A ver... ¿Qué te gustaría comer? —No sé por qué me hace ilusión complacerla si salí huyendo para no hacerlo. Quizás porque postrada en esa cama me parece más inofensiva, a pesar de que acabe de confesarme algo terrible que mi cerebro ha decidido bloquear, o porque necesito que una de las dos me quiera, o porque una parte de mí sigue soñando con que ella fuera la abuela perfecta y me dolería perderla...

—¿Eso significa que me perdonas?

—Eso significa que debes comer.

—¡Eres más dura que yo! ¡Eso me gusta!

Se me escapa la risa por su forma de decirlo, pero algo se retuerce en mis entrañas porque no quiero descubrir en mí ni una pizca de su dureza

—A ver si lo adivino... —Me observa divertida y expectante—. ¿*Arròs al forn* o *arròs del senyoret*?

¡Los dos! ¡Y *pastís d'Onda*, de la panadería Castañ! ¿Sabes que yo conocía a Esperanza, la que lo inventó? Y del bar Español, me traes un *ximo* y una torrija, aunque creo que ya no hacen torrijas... —Se queda pensativa.

Me río, y cuando me ve, ríe también.

—Veré qué puedo hacer... Pero eso son muchas peticiones.

—Ona Elpidia... —Sus ojos titilan dudas mientras pronuncia ese nombre que me apuñala—. Te quiero. —Parece escapársele de los labios con timidez, enfocándose en los pies de la cama. A mí se me olvida por un instante todo lo que me duele y me explota el corazón de amor. Esas palabras, que siempre he anhe-

lado escuchar y que nunca llegaban, me escurren una lágrima y me aferro a ellas cegada por la ilusión.

—Y yo a ti abuela. Te quiero mucho, aunque esté un poco enfadada contigo porque me hayas espiado —le devuelvo con ternura, a pesar de que no sé si soy realmente sincera, si mucho es demasiado para nosotras. Si yo hubiera cumplido sus expectativas, ella me habría tratado de otra manera y yo la hubiese visto de otra forma, quizás y solo quizás, a lo mejor hubiera surgido el mucho.

—Quiero pedirte un favor, Ona Elpidia... —empieza a decirme con suavidad.

CASTILLO
16 de octubre 1938

Elpidia cumplía 6 años. El día brillaba con tonos amarillos y azules, y le hacía ilusión ir a la escuela. A su corta edad, ya sabía lo dura que podía ser la vida. Su padre había muerto en la guerra, al igual que tantos otros. No había tenido oportunidad de saber qué es tener un padre y apenas lo recordaba. De hecho, si no fuera por una fotografía que le enseñaba su madre, no hubiera sido capaz de recordar su rostro.

Le rugían las tripas. En la olla se recocía el hueso que su madre llevaba removiendo toda la semana para hacer sopa. Agua salía y agua entraba, para que siempre estuviera llena. Así que por su cumpleaños comería sopa con algún tropezón de pan duro si tenía suerte.

Elpidia estaba en la fila de la escuela cuando se fijó en dos niños más mayores que ella. Uno de ellos era Juan, el Blanquet. Ese era el mote de su familia porque su abuelo, su padre y él eran muy blancos de piel, y tenían el pelo rubio y los ojos azules.

Juan el Blanquet era muy gracioso, al contrario que Paquito, el Pavito, de los Pavos de toda la vida. Su mote le venía de su abuelo, que se paseaba con el pecho hinchado y el torso estirado, y era muy dado a presumir de que lo que tenía era lo mejor; aunque por la guerra, ya no quedaba mucho de lo que alardear.

Paquito era más tímido que Juan, y pelinegro, con ojos oscuros y vivaces, aunque de piel clara y salpicada de pecas. A pesar de que la familia de Juan estaba mejor posicionada, en aquellos tiempos, los dos usaban ropa raída y zurcida.

Elpidia se dio cuenta de que los conocía de los primeros días de verano, cuando su madre la llevó de la mano, deprisa, a esconderse en la mina que yo albergaba en mis faldas, junto con el resto de la población. Huían de los bombardeos y las batallas por hacerse con Onda. En la semioscuridad, los murmullos traían noticias de fuera que decían cómo seguían los combates. ¡Cuánta hambre y sed pasaron! Los dos chiquillos se ponían juntos y ella permanecía bastante cerca de su madre, porque le daba miedo perderse entre tanta gente. Allí estaban todos tan apretados que se compartía el miedo, el hambre, el humor y las historias. Elpidia los miraba y escuchaba las que ellos contaban, pues las historias la calmaban y se olvidaba de todo lo malo que había fuera. Recuerdo que el último día, antes de salir de aquella cueva, empezó a llegar comida y compartió con ellos un trozo de pan.

Elpidia los vio alejarse de la escuela y los siguió. Oyó la campana y, por un momento, dudó si volver a clase; pero no, las risas de aquellos dos rebeldes la llenó de curiosidad y se decidió a seguirlos. No pensó en que la pudieran castigar de rodillas o con un reglazo en la mano, o sufrir ambos castigos a la vez. Poco le importaba. Estaban en guerra, eso decían los mayores, aunque ella no sabía muy bien qué querían decir. Elpidia solo entendía que ese era su mundo, la vida que ella conocía, y no podía com-

pararla con otra que no fuera estar en guerra. Los observó coger un palo del suelo y echar a correr calle abajo. Si no se daba prisa, los perdería de vista.

Se adentraron en los campos llenos de maleza. Se le arañaban las piernas, tampoco le importó.

Los vio encaramarse a una higuera y a ella se le abrieron los ojos, desorbitados. Corrió hacia el lugar.

—¿Qué haces aquí, mocosa?—le inquirió Juan.

—Sí, eso, ¿qué haces? ¿Nos has seguido? —La miró amenazante el moreno.

—¿Me dais uno? —Elpidia no podía apartar los ojos de los higos arrugados que tenían en sus manos y que se estaban comiendo. El hambre agitaba su garganta—. ¿Por favor? —les pidió con pena, ladeando la cabeza y haciendo círculos con la mano sobre su tripa.

Los chicos se miraron. Apenas quedaban higos ya, y los que había, tenían gusanos o estaban secos.

—¡Venga, va! ¡Por favor, por favor, por favor! —Juntó sus manos en forma de súplica—. Tengo mucha hambre... —insistió Elpidia.

Juan se apiadó de esa niña con trenzas negras y ojos saltones. Arrancó uno de los más gorditos que quedaban y se lo tiró.

—¡Puajj, tiene gusanos! —se quejó ella al recogerlo del suelo.

—¡Pues no te lo comas! —le gruñó él—. ¡A más tocamos!

A Elpidia le rugían las tripas porque no había desayunado y no se lo pensó, apartó un par de gusanos, cerró los ojos y se metió el higo arrugado en la boca. Le pareció un manjar. Hubiera querido masticarlo despacio, paladearlo, pero el hambre no tiene espera ni conoce de sabores, así que prácticamente lo engulló.

Los chicos alcanzaron y recogieron los pocos que pudieron y descendieron del árbol. Los repartieron entre los tres y comenzaron a caminar.

—¿Puedo ir con vosotros?—les preguntó Elpidia.

—¿Y por qué querríamos que viniera una mocosa con nosotros? —Se volvió Juan.

—¿Porque sé un lugar en el que aún quedan moras? —Entornó los ojos Elpidia, dibujando su mejor sonrisa para intentar convencerlos.

—¿Dónde? —se apresuró el hambre de Paquito a preguntar.

Juan le dio un codazo. Susurraron algo y luego el Blanquet la miró.

—Venga, va, pero más te vale que sea verdad —le advirtió con el dedo índice.

Elpidia se envalentonó haciendo de guía, caminando con paso firme, imitando a los soldados.

Pasaron la mañana engullendo lo que encontraban, descubriendo y dejando algunos lugares para otros días. Eso les obligó a hacer un pacto de silencio con la intención de que nadie dijese a otros dónde estaban. Así nació su amistad: del hambre, del dolor de barriga de comer alimentos en mal estado y de salir corriendo de algún campo al robar mandarinas cuando los pillaba el dueño.

Elpidia se dio cuenta de que siempre la protegerían el día que descubrieron a una mujer muerta en la calle y otra le tiró un cubo de agua para dejar al descubierto su cara. Paquito le tapó los ojos y Juan la arrastró a una esquina para esconderse mientras veían cómo se llevaban a la mujer detenida.

—Elpidia, tú nunca hagas eso. No tires agua a los muertos —le dijo Juan.

—Mejor ni te acerques —le advirtió Paquito.

Unos días después le dijeron que habían fusilado a la mujer.

—¿Qué es fusilado? —preguntó con curiosidad.

—Se la han llevado al cielo —le contestó Paquito.

—¿Como los muertos de la calle que también van al cielo? ¿Y cómo llega al cielo si está muerta?

—Elpidia, fusilado es matado —le dijo Juan, y recibió un codazo de Paquito—. ¿Qué? —Se giró él, rezongón.

—Elpidia, tú no te acerques a los muertos y escóndete de los que veas con uniforme. Y si vas con nosotros, tú te colocas detrás y te pones la cremallera en la boca. ¿Trato hecho? —Le tendió la mano para estrechársela.

—Trato hecho. —Dio un golpe de cabeza ella, sintiéndose mayor.

Y Juan también se la estrechó.